

tocando, y resuena la máquina de vapor de los ingenieros militares, y todo este estruendo llena el ambiente, haciendo temblar las casas. Completan el cuadro los viejos oficiales retirados que leen la *Gaceta* á la sombra de los plátanos, y la larga procesión de *hijas de militares*, vestidas de negro y azul, que van por el paseo en doble fila por orden de estatura.

Todo aquel barrio de Turín toma el colorido del ejército. Debajo de los pórticos están los pequeños *restaurants* que tienen abono, llenos de oficiales hacia el anochecer; cuartos amueblados y que se alquilan en los entresuelos, grandes cuadros de fotografías, llenos de militares limpios y lustrosos, plantados en actitudes marciales; pequeños puestos de vendedores, donde el soldado va á comprar el espejillo, la pipa, el pliego de papel de escribir y el ovillo de hilo; las pilastras tapizadas de periódicos populares ilustrados, para engañar el tiempo en el cuerpo de guardia y en el cuarto de banderas. La población tiene, sin embargo, su carácter especial. La gente de las tiendas conoce las señales de la corneta y los horarios, las verduleras hablan de «traslación de guarniciones» y de «campo

de instrucción» y los pilluelos silban el toque de retreta.

Es un pequeño Turín sobre las armas, fuerte y alegre, en el cual se encuentra un centinela á cada paso y se camina de noche bajo una perpetua amenaza del *quién vive*; ciudad bella y pintoresca, sobre todo de noche, con sus largas murallas silenciosas, con sus vastos patios escondidos, cuando la luna cae sobre las almenas del gran cuartel de Alfonso Lamarmora y pende... «*como un punto sobre una i*» (como dijo el poeta francés), sobre el carabinero solitario derecho delante de su garita, en los llanos desiertos de la ciudadela adormecida.

* * *

Caminando adelante hacia Poniente, pasado el barrio de San Donato, que se alarga sobre una calle sola, tomando gradualmente el aspecto de gracioso pueblecillo, se entra por el Corso Principe Eugenio, en una parte de Turín extrañísima, poco conocida, en la cual la ciudad se pierde en el campo; y donde están recogidos los principales Institutos de Beneficencia, entre los cuales se cuentan el retiro del

Buen Pastor, el hospital de San Luis, el manicomio, el establecimiento de Don Bosco, el hospicio de Cottolengo; edificios cerrados y mudos, con aspecto de conventos y de cárceles, con las persianas echadas, con ventanas de celosía, con puertas y postigos de grandes herrajes, que dan al sitio el aspecto misterioso de barrio de ciudad oriental. Aquí vive un mundo invisible de enfermos, de viejos, de *traviatas*, de *recogidas*, de muchachas abandonadas, de niños sin padres, de jóvenes pobres, de maestras y de Hermanas de la Caridad que rezan, sufren, estudian, trabajan, se preparan para la vida y la muerte, separadas del mundo, en el recogimiento severo de su pequeña ciudad solitaria.

Las calles están casi desiertas. Pasan los coches con la cortina echada, se encuentran sacerdotes, alguna monja, mendigos, se oyen cantos infantiles, ecos lejanos de letanía, rumores de puertas interiores abiertas y cerradas cautelosamente, y el tin-tin de campanillas de locutorio, á cuyos sonidos siguen silencios profundos. Todo respira paz, resignación y penitencia. Quien pasa por allá, baja la voz sin advertirlo, olvida el Turín rumoroso del trabajo

y de los placeres y se abandona, apretando el paso, á la meditación de los dolores y de las miserias humanas, agujoneado por una curiosidad triste por penetrar en aquellos recintos severos, por interrogar á aquellas desventuras, por averiguar aquél mundo desconocido y escondido, donde tanta gente piadosa consagró la vida y la fortuna.

Á la tristeza de aquel barrio singular corresponde la campiña circundante, llana y silenciosa, especialmente en invierno, á la hora de la puesta del sol, cuando sobre las casas y los campos cubiertos de nieve, ya sumergidos en la sombra azulada de la noche, brilla todavía bajo los últimos rayos del astro rey, la alta estatua dorada de María Auxiliadora, derecha sobre la cúpula de la iglesia solitaria, con los brazos abiertos hacia los Alpes.

*
*
*

Prosiguiendo hacia adelante por la calle de San Máximo, se llega á la gran plaza octogonal de Manuel Filiberto. Pero para verla en toda su belleza, es necesario ir en una mañana de sábado, en invierno, en pleno mercado. Un Zola turinés podría

colocar allí la escena de una novela intitulada *El vientre de Turín*.

Bajo los vastos techos, entre largas filas de barracas de mercaderes de telas, de tiendecillas de quincallería y de exposición de cacharros, al aire libre, en medio de montes de frutas, de legumbres y de caza, montones de cestas y de sazos; entre el vaivén de las carretas que se llevan la nieve, entre el humo de las castañas asadas y de las peras cocidas, gira y se agita confusamente una multitud apiñada de campesinos, de criados, de lacayos, de criadas arropadas en sus mantones, de amas de gobierno, de asistentes con la cesta al brazo, de mozos cargados, de mujeres del pueblo, y de muchachos harapientos, que hacen negra la plaza.

Alrededor de los innumerables bancos hay una alternativa apretada y continua de ofertas y de negativas, de discusiones con frases secas y truncadas, de voces de admiración y de desdén, de apóstrofes y de insultos, que se confunden todos en un murmullo sordo y difuso, como de una multitud descontenta. Allá es necesario ir para ver las verduleras famosas, de puños formidables, de cuadrada robustez y de len-

gua viperina; y para estudiar la potencia insolente del dialecto piamontés, la ferocidad despiadada de la injuria plebeya, el chiste que abofetea, el sarcasmo que levanta la piel, desgarrar la carne y rompe los huesos.

Por una parte está el mercado de las aldeanas llegadas de todos los ámbitos de la provincia, que han salido á media noche de sus pueblos respectivos para llegar á tiempo y coger buen sitio, á derecha é izquierda de un paseo flanqueado de plátanos, y están allí puestas en fila, derechas ó sentadas, con su banasta expuesta sobre los montones de nieve sucia, estrechadas las unas contra las otras para estar calientes, con zuecos, apretujadas, fajadas de harapos y de mantones, con guantes viejos, con pañuelos recogidos alrededor de la frente, con sombreros de hombre sobre la cabeza, con capas viejas de carretero sobre los hombros, y apretado el calienta-manos, con las narices y la barbilla amoratadas y pasando entre medio de ellas la procesión numerosa y lenta de compradores.

Aquí un cura sopla entre las plumas de un pollo para descubrir los muslos; acá una vieja señora con anteojos, mira los huevos

uno después del otro al trasluz; más allá un viejo solterón, acompañado de la cocinera con la espuerta, examina un queso con el lente; en cada parte se toca, se palpa, se toma en peso, se huele, se disputa en tono de lamento, gesticulando con las coles en la mano, blandiendo los cardos, sacudiendo las gallinas, arrojando á los oídos del que pasa fragmentos de diálogos monosilábicos que hacen adivinar el tira y afloja de una hora por un céntimo, la economía desesperada, la avaricia rabiosa, la paciencia de los santos, la miseria secreta de decorosas familias vergonzantes, todas las durezas y las angustias de la gran lucha por la existencia.

Pasan señoritas elegantes, gruesos burgueses gastronómicos, cocineros desdeñosos, camareras señoritas, curiosos alegres, una multitud continuamente variada, entre la cual descuellan las diversas especies de revendedores ambulantes, viejos decrepitos, muchachas, chiquillos con el cajoncillo al cuello que ofrecen un almanaque, una trufa, dos limones, una cadena de acero, un pedazo de tela, promoviendo un vocerío ensordecedor, dominado por la voz estentórea del vendedor de *La Crónica de los*

Tribunales, y de la cantilena fúnebre del sacristán, que agita un cepillo pidiendo la limosna para las ánimas del Purgatorio.

Por toda la plaza hay apresuramiento y mescolanza rumorosa, un hacerse y deshacerse continuo de corros alrededor de los coches de sacamuelas, de vendedores de específicos, de rascadores de violín, de proclamadores de encantos, de charlatanes melencólicos que cuentan historias de delitos delante de cuadros enrojecidos de sangre, de titirimundis, elevados en medio de la nieve en grandes montones de paja encendida por vendedores helados, de fruta, para desentumecerse los miembros. Y no se puede decir cuánto es pintoresca y extraña aquella confusión de gentes y de cosas, de trabajo y de fiesta, de ciudad y de campo, observada á través de la niebla de la mañana, que lucha todavía con el sol, en medio de aquellos árboles pelados y llenos de perlas de escarcha.

Por el fondo de la plaza, descendiendo por una escalinata, se sale á una larga calle curva que va hacia la de Dora, delante de otro espectáculo curiosísimo. La calle toda, desde el principio al fin, es una sola y enorme tienda de baratijas al aire

libre; una exposición grandiosa y soberbia de miseria, de la que no es posible formarse una imagen, aun suponiendo que un barrio entero de Turín, invadido por el furor de la destrucción, haya volcado de las ventanas todos los chismes de su casa, desde el sobrado á la cueva y hasta del último rincón del último armario. Todo está ordenado, limpio, puesto á la vista con escrupuloso cuidado, como el objeto más raro, y al lado de cada una de las cien baratijas que forman aquel interminable bazar de harapos y de cosas viejas, siéntase el vendedor meditabundo, apoyada la mano en el carrillo, en postura filosófica, con los ojos fijos sobre las ruinas de donde extrae su subsistencia.

La variedad y la rareza de los objetos es maravillosa. Es una confusión de cosas y de restos de cosas, capaz de volver loco al desgraciado que debiese hacer el inventario. El bonete del cura, el sombrero sin forro del carabinero, el polichinela roto del teatrillo de San Martiniano, el vestido de seda, rajado, del teatro Scribe, la cerradura del siglo XVI, la novela incompleta de Eugenio Sue, el clavo roto, el aparejo del asno, el cuadro al óleo, el gorro empena-

chado del tenor, dientes postizos, alfileres descabezados, sartenes sin mango, yelmos, mapamundis, patas de mesa, restos de alcoba, de salones, de despachos, de buhardillas, de oficinas, de tabernas, enmohecidos, rotos, roídos por los ratones, agujereados de la polilla, marchitos por la lluvia y la humedad, descoloridos del barro, consumidos del moho, sin color, sin forma, sin nombre, sin precio; es todo aquello que el agitado mar de la vida humana arroja de sí, todo aquello que la mente puede imaginar de más miserable, de más inútil, de más despreciable, de más estropeado y de más desnaturalizado por el tiempo, por el uso y por la violencia.

En aquel extraño mercado comienza el trabajo á media noche á la luz de la linterna, y empieza la multitud al despuntar el alba. Allí va la modistilla furtivamente á buscar el chal desechado; va el padre de familia escaso de dinero á comprar el quinqué de petróleo; va el artista á buscar el traje para el modelo, va el anticuario, el bibliófilo, el actor tronado, el judío miserable, una procesión de colectores de bagatelas y de curiosos de toda especie, impacientes todos por llegar los primeros á

pescar en aquel *mare magnum*, en que se esconden algunas veces tesoros ignorados y pequeñas fortunas imprevistas: y todos dan vueltas y buscan ávidamente hasta entrado el día, en medio de un vaivén de gente campestre que contrata paños ya usados, harapos de buhoneros y cargas de zapatos viejos y de cabos de vela... entre mozos de cuerda, traperos, guardias municipales, criadas, tenderos, corredores, que fluctúan entre dos corrientes opuestas, entre el mercado de legumbres y el gran *pan-demonium* de la plaza vecina.

*
* *

Quien ha hecho esta excursión llegando hasta la calle de San Mauricio, hasta el frente del barrio del Pó, que cierra como gracioso escenario el gran proscenio de la plaza Víctor Manuel, ha visto la ciudad de Turín. Pero le queda por estudiar el movimiento y el aspecto de la población, que es también curioso.

El mayor torrente de la vida corre de la estación de Puerta Nueva hasta la Plaza del Castillo, donde llega engruesado por el afluente de la calle de Santa Teresa; allí

se extiende por la calle del Pó y por la calle de Dora Grossa, y serpentea en mil arroyuelos por las calles estrechas de la vieja Turín, hasta el gran lago ondeante de la plaza Manuel Filiberto. La gente se pierde en la grandeza de la plaza, donde no se ven más que *rari nantes*; presenta un aspecto general de elegancia en el último trecho de la calle de Roma y bajo los pórticos, y toma gradualmente un color modesto y popular á medida que baja hacia el río ó sube hacia los barrios de Norte y Poniente.

El orden se advierte en la multitud como en la arquitectura: pasa una procesión á derecha y una procesión á izquierda de cada acera, la una opuesta á la otra; de una parte no se ven más que nucas; de la otra no se ven más que caras. Ciertos personajes se suceden con una frecuencia que se nota enseguida; el viejo jubilado, afeitado y limpio, que va rasando la pared; el joven oficial de artillería de la escuela de aplicación; el estudiante vestido con un cierto descuido de artista; la modista del talle derecho y ehupado, con cuatro trapos encima, puestos con gracia señoril y agraciados por un andar caprichoso y compuesto; el trabajador de estatura mediana,

de aspecto rudo, miembros sólidos, de movimientos de soldado; el hombre joven, el industrial, el comerciante, el agente de negocios, entre los treinta y cuarenta años, descuidado en el vestir, de cara seria, que andando el tiempo se teñirá ligeramente de rojo por el Barolo añejo, con el cigarro Cavour apagado entre los dedos de la inquieta mano y un pensamiento fijo sobre la frente; el grueso padre de familia, burgués acomodado, con un rostro benévolo, que revela pocas ideas, pero aquellas pocas, sencillas, claras y sólidas, y enclavadas profundamente en el cerebro, en la conciencia y en el corazón. De trecho en trecho alguna señora alta, delgada y blanca, con ojos azules y el pie patricio, que hace con su capa de terciopelo negro una mancha rigurosa y pomposa en el gris vulgar de la multitud. Todos caminan mirando derecho, mirando hacia adelante; hablan sin apretar el paso; pocas conversaciones en voz alta; ningún apóstrofe de un lado á otro de la calle; se habla á media voz, en frases expeditas, gesticulando en un espacio circular de no más de dos palmos de radio, y volviendo á subir en seguida á la acera, por la fuerza de la costumbre, cada vez que están obli-

gados á bajar al arroyo. Y allá en las calles frecuentadas, se ve, como en las grandes ciudades de Norte, una especie de prisa en llegar los primeros y dejar atrás á quien camina al lado, como si cada vecino fuese un competidor de negocios. Todos los pasos son utilizados, se pasa rasando las paredes, se atraviesa la calle á la carrera, se va al par de los tranvías, se apiña la gente á los cruces de los coches y de los carros, y se apostrofan carreteros y cocheros con voces y gestos impacientes de gente que tiene los minutos contados. Pero una cierta apariencia de cortesía corrige el carácter un tanto áspero de aquella vida febril de ciudad industrial. Se saluda con premura, los sombreros se bajan con respeto, la gente se esquivá con unas vueltas esbeltas y amplias; los tenderos acompañan á los compradores á la puerta con ademán ceremonioso; el camarero se inclina al parroquiano sobre el dintel de la fonda; el cochero saluda á la propina; el vendedor de periódicos da las gracias de los céntimos con un buen augurio; las verduleras se llaman «señora;» las dos frases sueltas del galanteo turinés *muchas gracias* y *perdone usted*, se oyen en todas partes y con cada propósito, como el

pardon y el *s'il vous plait* en París, la ciudad hace sus negocios de prisa, pero con dignidad de señora educada, no de ordinaria vendedora.

Y como París tiene la hora del ajeno, Turín tiene la hora del *vermut*, la hora en que su cara se colorea y su sangre circula más rápida y más caliente. Entonces las escuelas arrojan por las calles nubes de muchachos; de los talleres salen turbas de operarios; los tranvías pasan atestados de gente; los carruajes van unos tras otros; las tiendas de los licoristas se llenan; un ejército de oficiales y de soldados de todas las armas se esparce por todas partes y arroja un soplo de juventud por las calles, y en la media oscuridad de la tarde parece verse Turín como gustaría á la imaginación figurársela en un porvenir lejano: una Turín de cuatrocientos mil habitantes, que llena su zona fiscal con un nuevo centro y nuevos alrededores, toda resonante de trabajo y rebosando de vida.

*
* *

Pero el más hermoso espectáculo vivo y al mismo tiempo el más original que ofrece

Turín, es el paseo bajo los pórticos del Pó, las tardes de invierno. Los soportales son los *bulevares* de Turín. La fonda de Europa puede representar el *Gran Hotel*; la iglesia de la Anunziata, la *Magdalena*; el café Fiorio, *Tortoni*; el teatro Real, la *Gran Ópera*.

También aquí en Turín la multitud mayor y la flor de la elegancia y del lujo están á la derecha. La primer cosa que salta á la vista es el contraste de la tienda espléndida con el barracón de pueblo que se presenta delante, al mismo tiempo oficina y despacho; el puesto de los fruteros frente á los *restaurants* aristocráticos; el revendedor de almanaques y de libros usados, frente al gran librero de lujo. La condesa vestida de gala pasa al lado del puesto de legumbres y de quesos; la conversación almibarada de los *dandy* es interrumpida por el rumor plebeyo de los quitamanchas y de los vendedores de fotografías; todo el mundo elegante desfila por medio de aquella lucha muda y continua del grande y del pequeño comercio, puestos los unos frente á los otros en expectativa hostil, como dos filas de centinelas, avanzados por dos gruesos ejércitos enemigos, de la burguesa y de la plebe.

Aquí la multitud es apretada y negra, dividida en dos corrientes que se tocan y á veces se confunden y se echan fuera de los soportales. En algunos puntos es un verdadero chorrillo, como la salida de un teatro, tanto que en el espacio de tres brazas cuadradas se encuentran á menudo un capitán de artillería, una pareja matrimonial, un cura, un estudiante, una modista, un obrero, estrechados en un mazo que parecen una sola familia. Alguna vez, para tomar espacio, la multitud está obligada á pararse, y todos «marcan el paso» como columna de soldados. El aspecto y la actitud general es grave, como el andar. La gente gira alrededor de la Galería Subalpina, á pasos lentos, procesionalmente, como en la sala de un museo, no causando más que un ligero cuchicheo que deja sentir distintamente las notas agudas de los cantantes en la sala subterránea del Café Romano. Bajo los pórticos no se siente más que un murmullo sordo é igual, por entre el cual resuena fuerte aquí y allá los sables de los oficiales y la risa argentina de las floristas y modistas, que hacen una escapada á través de la sociedad, con el envoltorio entre las manos, antes de volver á su casa, y las puer-

tas de los cafés, llenos, abiertas y cerradas bruscamente por miedo al frío; parece que se está en la galería de un palacio grandísimo donde los convidados desfilan respetuosamente.

Así como los encuentros son frecuentísimos y se repiten, así es un saludarse continuo de militares, un continuo sombreroazo de amigos y de conocidos, de estudiantes y de profesores, de altos y de bajos empleados, que se vuelven oblicuamente al pasar cerca, para no pegarse encontronos. De la gente no se ve más que la cara. Los alientos humean. Pero los barracones reparan del frío. Se está bien en aquel ambiente tan estrecho, el uno al lado del otro, y parece que todos experimentan placer á juntarse, á sentarse delante, detrás y de lado de los pesados carriks, de las grandes capas de oficiales, de los gordos burgueses bien alimentados y calientes, acabados de salir de un comedor. De todas las calles laterales llega gente, cerrando el paraguas, sacudiendo los pies, escurriendo los trajes, blancos de nieve, y todos se paran entre aquella multitud con gusto, echando un suspiro como si entrasen en su casa.

Y de la muchedumbre, estando tan api-

ñada, se cogen al vuelo en todas partes, al pasar, trozos de diálogos... fragmentos de discusiones científicas, juicios literarios de estudiantes, reflexiones sobre el estado de los fondos públicos, alguna vez frases escapadas de confidencia de señoritas, que una oleada de gente ha separado de sus padres que vienen detrás, conversaciones francesas y alemanas, palabras dulces, vibrantes, á quemarropa, en los momentos de mayor confusión, especialmente al dar vuelta en los pórticos frente á la Galería, donde ocurre á menudo encontrarse cara á cara con marido y mujer, y sentir al mismo tiempo el humo del cigarro del uno en los ojos, el manguito de la señora entre las manos y la cabeza del niño en la cadera. Quien no esté acostumbrado, puede cansarse la primera vez é impacientarse de aquel extraño paseo; pero todos, antes ó después, le toman gusto. Hay no sé qué idea de intimidad doméstica en aquel lento vaivén de gente agrupada bajo aquellos arcos, delante de aquellos escaparates espléndidos que concluyen por imprimirse en la memoria, y uno á uno, como los muebles de la propia casa; hay una apariencia como de buen acuerdo universal, de frater-

nidad; una imagen viva de aquella unanimidad de sentimientos y de propósitos que hacen fuerte y simpático al pueblo piamontés; alguna cosa de genial y de benévolo que no se sabe decir bien, pero que produce cierto calor saludable en el pecho, á la parte izquierda.

*
* *

Turin, sin embargo, se presenta en muchos aspectos muy diversos, que un forastero no puede observar en pocos días.

Hay pocas ciudades que cambien la cara tan completamente al cambiar la estación y el tiempo. Tiene una belleza suya, propia, cuando está cubierta de nieve, cuando los Alpes están todos blancos, las colinas blancas, los jardines, los árboles de los largos paseos, las anchas calles, las grandes plazas, todo blanco... especialmente de noche, cuando á través de la apretada nieve que tapa la luz de las filas interminables de los faroles, no se reconocen las calles, se confunden las encrucijadas, la ciudad parece inmensa y en los vastos espacios desiertos reinan los silencios sombríos de ciudad deshabitada, en

que huyen y desaparecen, como sombra miedosa, el coche y la gente, y parece apagada para siempre la vida.

Es bella también en las mañanas de invierno grises y rígidas, cuando el cielo cubierto toma sucesivamente mil colores extraños de violeta, de oro y de púrpura, que semejan reflejos de grandes incendios lejanos, y cada calle está cerrada por una cortina de niebla, como por el humo del fuego de filas de una barricada; en la cual los monumentos se elevan como visiones, y las personas aparecen inopinadamente como si surgiesen de la tierra, y toda la población trabajadora de la mañana, paralizada por el frío, precipita el paso, sacude los pies, frota las manos, sopla en la punta de los dedos, salta y vuelve las esquinas en ángulo recto con las espaldas encorvadas, con los hombros subidos y el codo á la pared, cual si fuese perseguida por una legión de saetas invisibles; y diríase que los rayos del sol se quedan acobardados sobre las cornisas de las casas, y que la ciudad está condenada al hielo y á la penumbra de un alba perpetua.

Pero es bella, sobre todo en primavera, en aquellos días en que de un invierno

largo y perezoso se sale de repente á la bella estación, y se siente la verdad de aquello que dice Jorge Sand: «La primavera de Italia Septentrional es la más bella del mundo.» Entonces Turín se sacude por completo y como si se rejuveneciese en pocas horas; la población se extiende por los jardines y por los paseos, lo mismo que en las fiestas; por las grandes calles pasan torrentes de luz y de aire, y en cada esquina parece que sopla una brisa nueva; se perciben las ondas de olor de campo y de fragancia alpina, que dan una sacudida á la sangre; el cielo, las montañas, las colinas, las hondonadas lejanas de los caminos, todo está terso, limpio, fresco, alegre: Turín simula una ciudad americana, venida de allí en pocos años, en la primera alborada de su verde adolescencia, pero dorada por un rayo de belleza italiana.

*
*
*

Para observar Turín en su más bello aspecto, es necesario verla en ocasión de una de aquellas grandes solemnidades nacionales en que acuden los italianos de todas las provincias, viejos ministros que

pasaron los más bellos años de la plenitud de su vida; diputados sesudos que consumieron los años más bellos de la juventud; periodistas que hicieron las primeras armas; ricos que vivieron en la estrechez, antiguos emigrados, senadores, generales; todos los veteranos de aquella gran legión de hombres de Estado, de escritores, de luchadores, de soldados, de tribunos, que preparó é inició aquí la revolución italiana y se marchó con la capital.

Es magnífica y conmovedora aquella vuelta. Todos tienen aquí mil memorias; reconocen lugares y personas, vuelven á ver con el pensamiento los amigos y los compañeros perdidos; recuerdan al volver de cada esquina, puede decirse, un acontecimiento y una emoción.

En tales días la población turinesa está toda en movimiento, y como si ella misma resucitara á aquellos tiempos, que parecen ya lejanos, á aquellos bellos años de entusiasmo y de esperanza; todavía ella reconoce á cada paso un antiguo huésped, diputados encanecidos, generales encorvados, graves publicistas de quienes ha leído el primer trabajo literario, ministros que vivían en una habitación del cuarto piso

en calle Dora Grossa; caras, voces, gestos que hacen revivir todos los más queridos recuerdos y hacen palpitar el corazón. Entonces ciertos sitios de la ciudad, ciertos ángulos históricos, vuelven á tomar por algunas horas el aspecto antiguo; se torna á ver en los viejos cafés los personajes y los círculos de otro tiempo; por todas partes se aprietan manos de amigos, se oyen exclamaciones de sorpresa y de placer, y conversaciones animadas llenas de preguntas, de fechas, de nombres, de palabras tristes y afectuosas y de ecos sonoros de las antiguas pasiones de la juventud; la plaza del Castillo se reanima, bajo los pórticos circula un soplo de 1859, toda la ciudad siente refluir al corazón su vieja sangre de guerrera y de reina, y aparece más bella y más altanera en medio de la grande cintura verde de sus plátanos, en el inmenso anfiteatro azul de los Alpes.

